

# ¿Y si estamos ante la última gran crisis del petróleo de la historia?

[elordenmundial.com/ultima-crisis-petroleo-economia-mundo](https://elordenmundial.com/ultima-crisis-petroleo-economia-mundo)

Álvaro Merino22 de marzo de 2026



El petróleo sigue siendo el eje sobre el que gira el mundo. Es la energía más usada, el bien más comercializado y un arma geopolítica infatigable. Pero su fin se acerca. El *shock* provocado por la guerra de Irán y el estrangulamiento del estrecho de Ormuz puede ser de hecho la última gran crisis petrolera de la historia.

Es cierto que el *peak oil* —el punto en el que la demanda de petróleo tocará techo y a partir del cual comenzará a descender— ha sido vaticinado muchas veces y que es arriesgado dar por muerto al que ha sido el motor del mundo durante el último siglo. Esta vez, sin embargo, es diferente: la actual crisis de suministro se da en un mundo que produce demasiado petróleo. Eso no había ocurrido antes. El embargo petrolero de los países árabes de 1973, la Revolución iraní de 1979 o la invasión rusa de Ucrania en 2022 enlazaron con una escasez real de crudo.

La Organización de Países Exportadores de Petróleo ([OPEP](#)) lleva años recortando su producción para mantener los precios mientras la revolución del *fracking* o fracturación hidráulica en Estados Unidos avanza imparable y la oferta se diversifica. A ello se suma el avance de la transición energética, que está desplomando el coste de las renovables, acelerando la electrificación y desplazando al petróleo como fuente de energía hegemónica.

Por todo ello, esta puede ser la última gran crisis petrolera que tenga en vilo al mundo. Ya lo advirtió en los 2000 un [antiguo ministro de Petróleo](#) de Arabia Saudí: “La Edad de Piedra no terminó por falta de piedras, y la edad del petróleo terminará mucho antes de que el mundo se quede sin petróleo”. El *peak oil* se está acelerando porque las renovables son más baratas y más seguras, y la crisis de Ormuz no hará sino precipitar su llegada.

Paradójicamente, el fin de la hegemonía del petróleo no devolverá la calma a su cotización. Al contrario: sus últimos años serán los más turbulentos. El crudo sigue alimentando la industria global con combustibles y químicos, y su abandono no será sencillo. Por mucho que su capacidad para poner contra las cuerdas a la economía global tenga los días contados, el caos en el mercado petrolero ha llegado para quedarse.

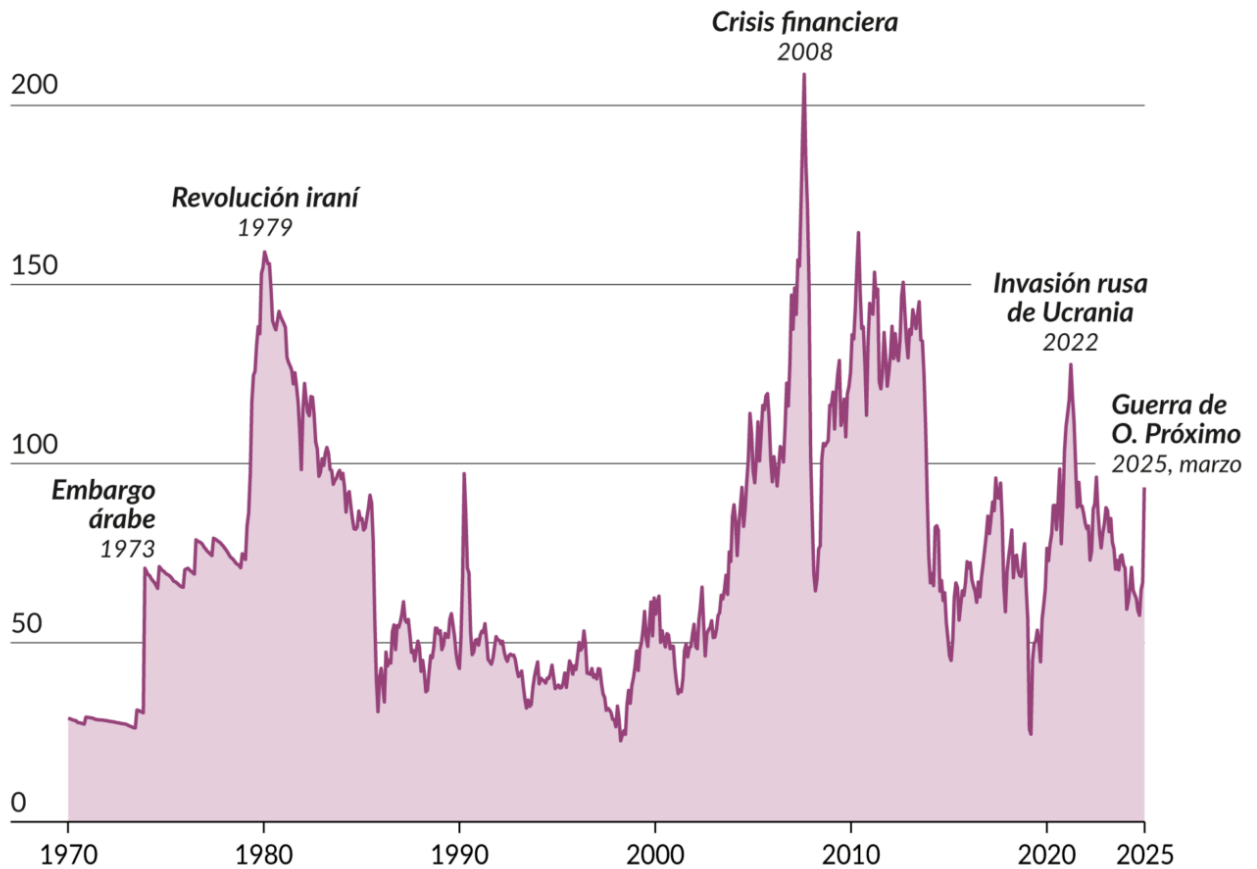
## Lecciones de Ormuz

En [1973](#), los productores de crudo de Oriente Próximo impusieron un embargo petrolero a los países que habían apoyado a Israel durante la guerra de Yom Kipur, que enfrentaba al Estado hebreo con una coalición de países árabes encabezada por Egipto y Siria. En cuestión de meses, el precio del crudo se multiplicó por cuatro y los países occidentales se vieron obligados a adoptar medidas drásticas como racionar la gasolina, prohibir conducir los domingos o incluso declarar el estado de emergencia.

El petróleo embargado equivalía al 7% de la producción global y el embargo se extendió durante sólo cinco meses, pero su impacto económico —inflación, recesión y desempleo— duró varios años más y acabó para siempre con el petróleo barato.

## LA EVOLUCIÓN DEL PRECIO DEL PETRÓLEO

250\$, ajustado a inflación (West Texas Intermediate)



EOM Fuente: Macrotrends

La crisis actual, en comparación, ha borrado del mercado prácticamente el 20% de la oferta de un plumazo y, sin embargo, el precio del crudo apenas ha aumentado un 40%. La [Agencia Internacional de la Energía](#) —el organismo creado en 1974 para asesorar a los Gobiernos y hacer frente a futuras crisis energéticas— ha calificado la situación actual como “la mayor interrupción del suministro en la historia del mercado petrolero mundial”, pero los inversores esta vez no han entrado en pánico y el fantasma del colapso energético aún no ha asomado.

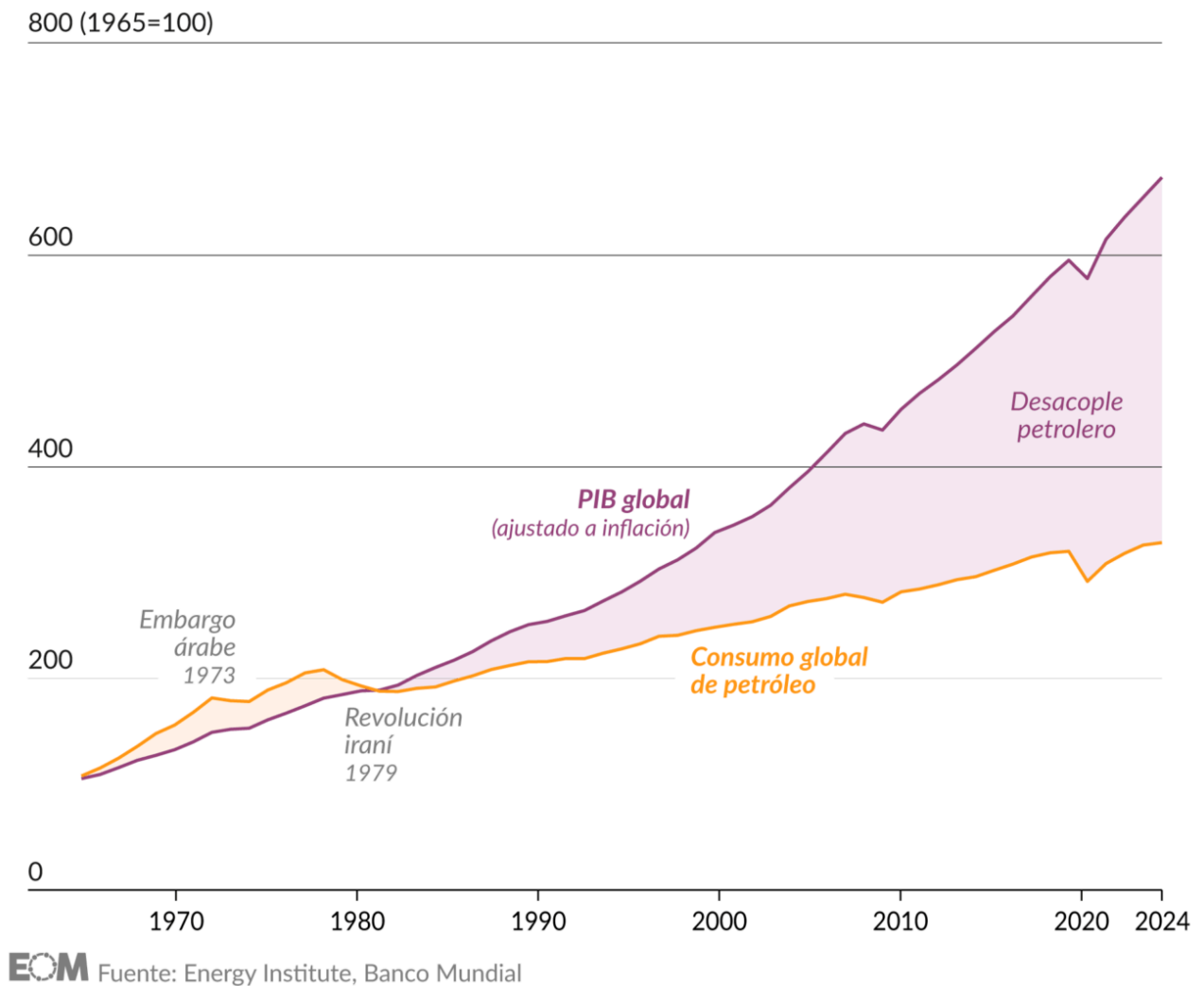
Es cierto que industrias como el transporte, la manufactura y la producción de alimentos ya han empezado a sufrir, que el precio del gas sí se ha duplicado en Europa y que la situación puede agravarse si el bloqueo del estrecho de Ormuz se alarga. Pero si esta crisis se hubiera producido varias décadas más atrás, el mundo hubiera ardido.

Tres son las razones de ese cambio. La más inmediata es que al mundo le sobra petróleo. La revolución del *fracking* ha convertido a Estados Unidos, un importador histórico de energía, en el principal productor de petróleo del mundo y en un exportador neto. La oferta también se ha diversificado —si en 1973 la OPEP producía el 53% de todo el crudo del mundo, ahora extrae el 36%—, el crecimiento de la demanda se ha desacelerado y los países cuentan con reservas estratégicas de petróleo que les permiten capear semanas de desabastecimiento.

Como consecuencia de ello, hasta el estallido de la nueva guerra en el Golfo, la Agencia Internacional de la Energía pronosticaba un exceso de 3,7 millones de barriles diarios de crudo en 2026, una cifra que habría superado incluso el superávit de 2020 durante la pandemia.

Con todo, el verdadero cambio es estructural: el mundo ha desacoplado su crecimiento del consumo de petróleo. La economía global necesita ahora menos de la mitad del crudo que necesitaba en los años setenta para generar la misma riqueza. El auge del sector servicios y la sustitución de la industria más pesada por la digitalización han hecho a los países mucho menos dependientes del oro negro para su funcionamiento diario.

## LA DEPENDENCIA PETROLERA DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

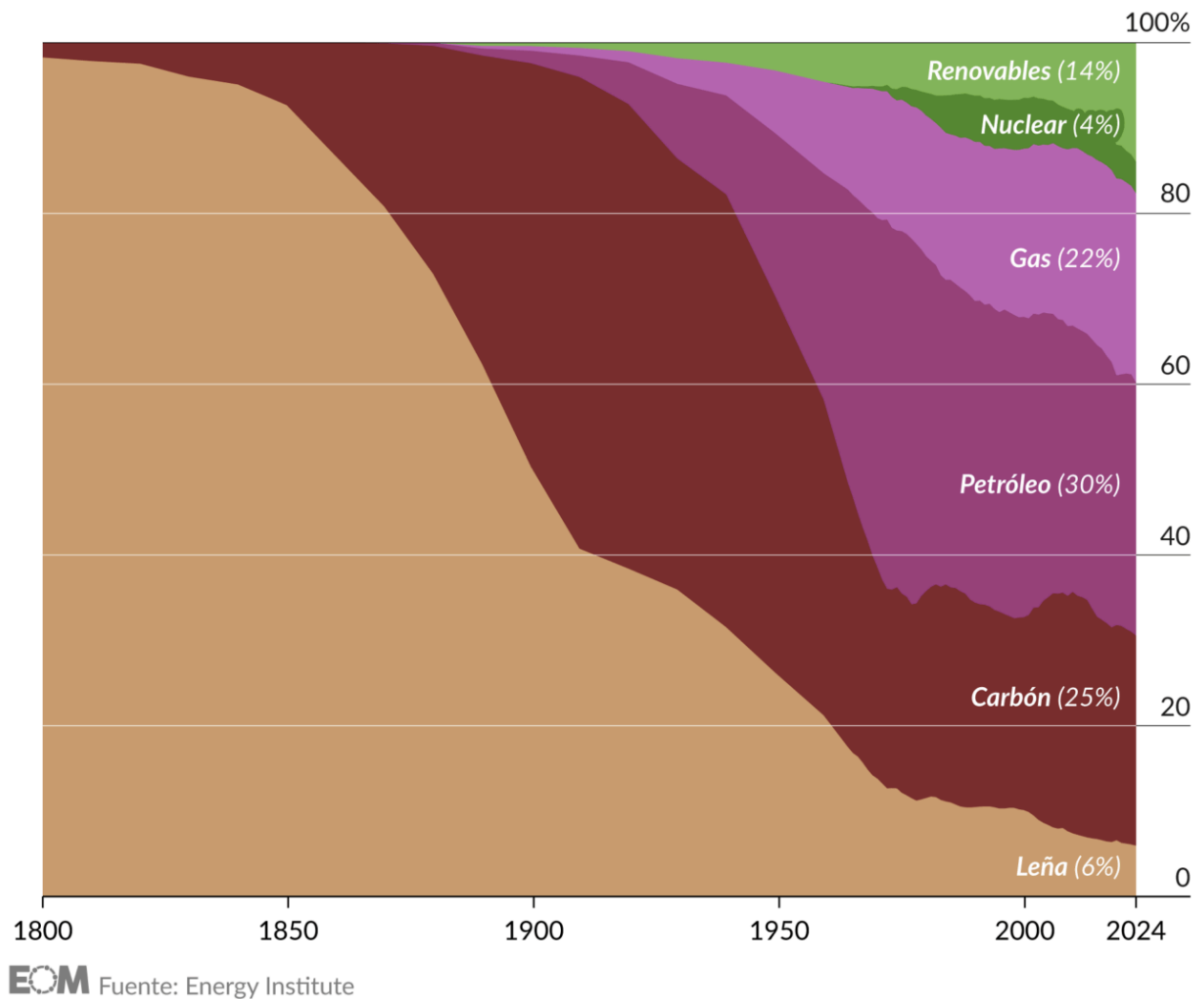


Y en último lugar, la transición energética ha expulsado al petróleo de la generación de electricidad —ya produce [menos del 3%](#) a escala global— y la electrificación comienza a penetrar en el transporte. La hegemonía del petróleo, que sigue acaparando el 30% del mix energético, tiene, por tanto, los días contados. La energía solar es la más barata de todas y muchos países están pivotando hacia las renovables como una forma también de reducir su dependencia energética.

En este sentido, los dos principales importadores de petróleo del mundo, la Unión Europea y [China](#), son también los líderes indiscutibles de la transición energética. Esa apuesta está llamada a recortar su consumo de hidrocarburos en los próximos años, lo que aliviará aún más la demanda. El *peak oil* llegará, muy probablemente, esta misma década, por mucho que el *lobby* petrolero —la OPEP, la empresa norteamericana ExxonMobil o [la propia Casa Blanca](#)— insista en la inmortalidad del crudo.

Por todas las razones anteriores, la guerra de Irán puede ser la última gran crisis petrolera de la historia. Será, casi con todas las garantías, la más grave de todas las que están por llegar. La economía global está a punto de superar su adicción al crudo, y Ormuz sólo acelerará ese proceso. La dependencia de las importaciones de petróleo y gas acarrea un riesgo crónico de sufrir golpes económicos súbitos e impredecibles. En momentos como este, Gobiernos de todo el mundo miran con envidia a Francia o España, que logran contener los precios de la electricidad gracias a su apuesta por fuentes de energía alternativas, la nuclear y las renovables, respectivamente.

## LA EVOLUCIÓN DEL MIX ENERGÉTICO GLOBAL



Al igual que la [crisis de 1973](#) dio pie a una estrategia coordinada a nivel global para hacer frente a futuros *shocks* petroleros, la nueva guerra de Oriente Próximo impulsará la transición verde en todo el globo. Muchos países están acudiendo temporalmente al carbón para sustituir los hidrocarburos atrapados en el Golfo, pero a futuro la mayoría de ellos coinciden en su apuesta por las renovables, desde Kenia hasta Corea del Sur, Reino Unido o la Unión Europea. La despedida del petróleo, eso sí, será turbulenta.

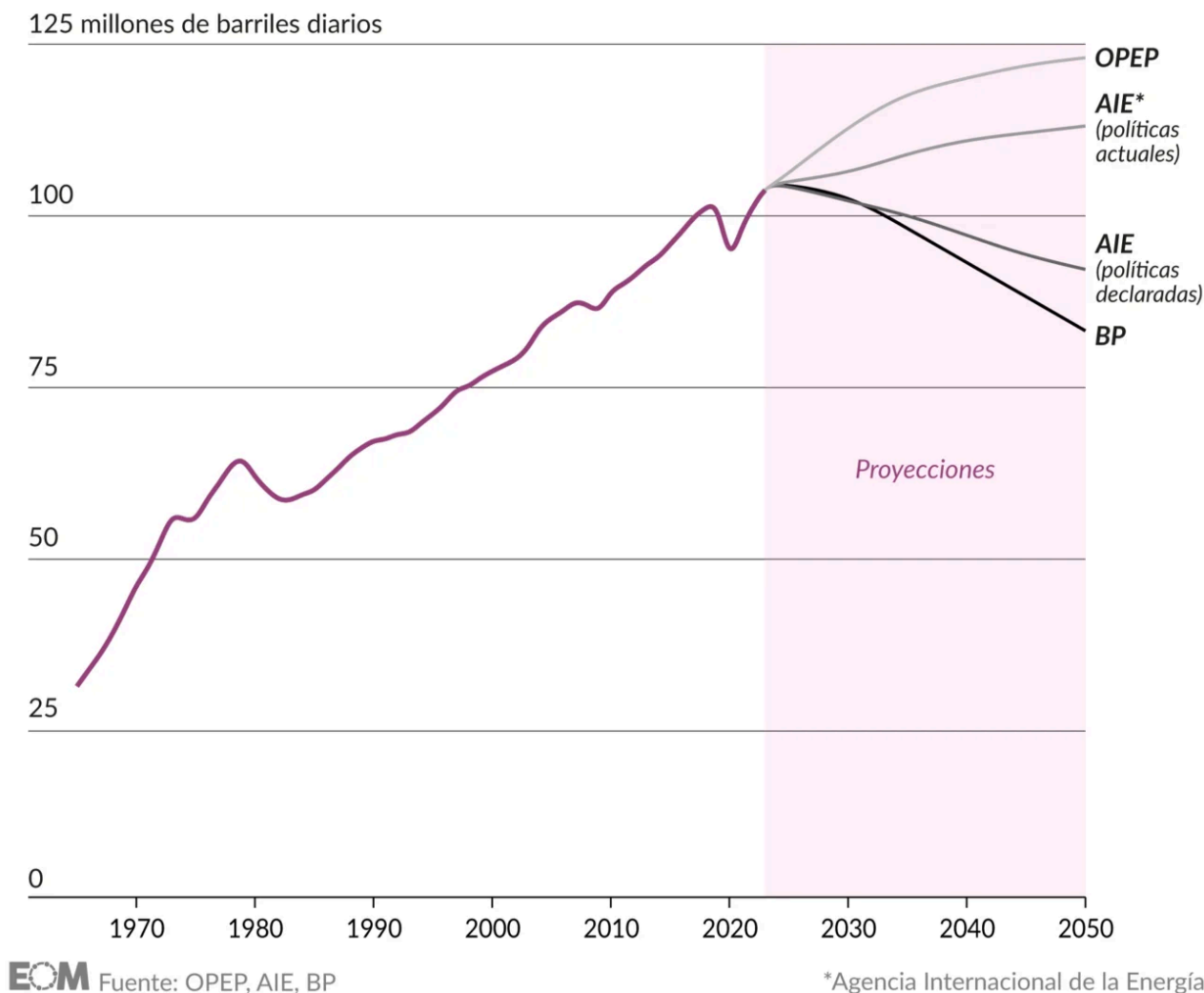
## El ocaso del petróleo será caótico

Plásticos, fertilizantes, neumáticos o asfalto. Pese a la contención de los precios, el cierre del estrecho de Ormuz también ha evidenciado que la dependencia mundial del petróleo es estructural. O lo que es lo mismo: que el crudo se utiliza para muchas más cosas que impulsar nuestros coches. Sus múltiples formas, densidades y subproductos impregnan las cadenas de suministro de la inmensa mayoría de productos manufacturados, a menudo sin alternativas a su uso.

El [golfo Pérsico](#) es el *hub* mundial de la urea, el amoníaco, el aluminio, el helio o el azufre. Sin ellos, el mundo no puede producir suficientes alimentos, proveer de material sanitario a sus hospitales, ni sostener la infraestructura tecnológica que pretende, irónicamente, sustituir al petróleo. Tampoco sin sus combustibles refinados, claves para el transporte. El poco petróleo que Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos están logrando colocar en el mercado internacional gracias a sus oleoductos alternativos llega sin refinar, y la falta de capacidad de procesamiento en el resto del mundo está creando una escasez de diésel y *jet fuel* —combustible para aviones—.

Junto con la dependencia de la petroquímica, la lenta electrificación del transporte —su principal uso— prolongará la demanda mundial de petróleo. Actualmente, [sólo el 20%](#) de los nuevos vehículos vendidos son eléctricos, y el 96% del parque global sigue utilizando motores de combustión.

### LAS PROYECCIONES DEL 'PEAK OIL'



Por ello, la gran amenaza para el mercado petrolero es que se produzca un desajuste entre oferta y demanda. Pese a su caída a nivel relativo, el mundo consume más petróleo que nunca, y para satisfacer esa demanda la industria petrolera debe realizar inversiones masivas y constantes que suplan el agotamiento de los pozos activos. Sin embargo, el gasto en inversión y producción de petróleo y gas se ha estancado y registra [una caída del 40%](#) con respecto al pico de 2014.

En los últimos años, un pozo de petróleo convencional ha necesitado [veinte años](#) para entrar en activo: cinco años de media para encontrarlo, ocho para evaluarlo y aprobar su desarrollo y seis para construir la infraestructura necesaria y empezar a producir. Eso quiere decir que una inversión realizada en 2026 dará sus frutos en 2046. Y como las petroleras temen que para entonces la transición energética ya se haya consumado, prefieren recoger beneficios ahora o invertir en renovables.

La combinación de una inversión lánguida con una dependencia estructural da como resultado, inevitablemente, un mercado volátil. Si la producción cae más rápido de lo que los consumidores logran electrificarse, se producirán picos de precios violentos incluso en un mercado que está muriendo. El futuro del sector petrolero se está decidiendo ahora y en el casino energético no hay nada seguro.

A ello se suma la complicada transición de los petro-Estados, en especial por la llamada maldición del petróleo. Los [países con grandes reservas de hidrocarburos](#) —Irak, Irán, Libia, Arabia Saudí, Venezuela, Guinea Ecuatorial...— acostumbra a ser menos democráticos. La causa apunta a su financiación: en una economía normal, los impuestos sostienen al Estado y, al pagar, los ciudadanos exigen mayor representación y transparencia. En los petro-Estados, en cambio, ese contrato social se rompe y la prioridad absoluta es la extracción de recursos, lo que favorece el clientelismo y la corrupción.

Si el mundo se desengancha del petróleo y las rentas del crudo se desploman, regímenes en Oriente Próximo, África y América Latina se enfrentarían a su propia ruina. Y un petro-Estado quebrado suele traducirse en vacíos de poder, guerras civiles y crisis migratorias, como ejemplifican Yemen, Libia o Venezuela.

La pregunta ya no es cuándo, sino cómo será la despedida del petróleo. Lejos de ser el principio del fin —ese proceso lleva décadas en marcha—, Ormuz es un aviso a futuro. El mundo ya no sucumbe ante un *shock* petrolero, pero tampoco está preparado para decir adiós. Esta, al menos, será probablemente la peor crisis de todas las que quedan.

